

III. PROFUNDIZACIÓN VICENCIANA

Jesús convivía con el Padre y este *con-vivir con el Padre* se ha expresado en diálogo, acción de gracias y oración explícita a Dios.

El texto de reflexión de esta sesión es una síntesis de dos libros de Antonino Orcajo: "El seguimiento de Jesús según Vicente de Paúl" Editorial La Milagrosa, Madrid 1990; "San Vicente de Paúl. II, Espiritualidad y selección de escritos" BAC, Madrid 1981. También puede consultarse en el "Diccionario de Espiritualidad Vicenciana" la voz "Oración" de Javier Álvarez Munguía (CEME, Salamanca 1995; págs 423-438) de la que aquí ofrecemos su última parte en cuanto que puede ayudar al catequista a concretar que la oración tiene que terminar en el compromiso y el compromiso tiene que provocar la oración, o como lo decía san Vicente, los vicencianos tenemos que "ser contemplativos en la acción":

Henry Bremond califica a San Vicente de «místico de la acción». Con parecidos términos lo hace Giuseppe L. Coluccia en su obra *Espiritualidad vicenciana, Espiritualidad de la Acción*. La espiritualidad actual, por su parte, nos habla de «místicos horizontales» y de «contemplativos en la acción». En definitiva, todas estas expresiones se refieren a una misma manera de integrar dos elementos en la vida espiritual que, a primera vista, parecen contrapuestos: la oración y la acción'.

Si nos referimos a la experiencia vital de San Vicente, hay autores, como los anteriormente mencionados, que no dudan en presentar a San Vicente como un verdadero místico o contemplativo, no porque fuera objeto de fenómenos extraordinarios tales como revelaciones, éxtasis, visiones, transportes... ; sino porque la gracia de Dios llegó en él a tan alto grado que su vida y **sus** obras aparecen llenas de Dios. La gran actividad que desarrolla no es sino consecuencia, urgida desde el amor, del flujo descendente, procedente del mismo Dios. Es antimístico, sólo en cuanto se opone a las exageraciones, al narcisismo espiritual y al modo meramente sentimental, verbalista e intelectualista de dirigirse alguien a Dios. En contra de esto, propone una vida real transida de contemplación pero volcada en el mundo real, en la que tan mística sea la oración como la acción, cosas que en realidad no deben distinguirse más de lo debido. Una vida espiritual encerrada en sus propias elucubraciones, sin percibir el «clamor de los pobres» carece del sello de la autenticidad porque «no basta amar a Dios si mi prójimo no

lo ama». La espiritualidad de San Vicente es integradora. En ella confluyen maravillosamente bien cielo y tierra, filiación y fraternidad, ascética y mística, contemplación y acción. Como alguien ha dicho, «Vicente no hubiera podido ser tan activo si previamente no hubiera sido tan pasivo, tan dócil a la voluntad de Dios, es decir, tan místico verdadero» (V. de Dios. *Vicente de Paúl Biografía y espiritualidad*, Clavaria, México 1991, 58)). La mística se resuelve en dejarse impulsar por la voluntad de Dios, que siempre termina señalando el camino de los pobres. Sin ese aterrizaje, la mística no hace al caso y la acción no vale la pena. Vicente lo afirma de forma contundente: «*La perfección no consiste en éxtasis sino en cumplirla voluntad de Dios*» (XI,211).

A este respecto, el teólogo Gustavo Gutiérrez se plantea que la cuestión definitiva a la que toda escuela de espiritualidad debe dar respuesta es la conciliación entre la presencia en el mundo **y** la presencia ante Dios. ¿Cómo superar esta dualidad -se pregunta- y articular una presencia con otra? (*Beber en su propio pozo*, Sígueme, Salamanca 1984, 28)). Como hemos podido ver, experiencialmente Vicente ha respondido a este interrogante con una actitud de vida integradora. Nos falta ahora examinar su respuesta doctrinal que, como ya hemos afirmado en otros lugares de nuestro trabajo, se armoniza perfectamente con su respuesta vital. No podía ser de otra manera. En las actuales Constituciones de la C.M., nº 42, se nos propone, como una traducción exacta de la espiritualidad vicenciana para el hombre de hoy, «ser contemplativos en la acción» y su correlativa, «... y ser apóstoles en la oración». ¿Qué doctrina vicenciana pretenden encerrar estas fórmulas integradoras? Vayamos por partes.

En primer lugar, se puede pensar en una convergencia objetiva de la oración y la acción, en cuanto que, ambas pretenden la instauración del Reino de Dios. La primera va directamente a la persona pero, de ninguna manera, se encierra en ella, porque el orante vicenciano tiene que hacer del mundo el objeto de su intercesión y petición. Sólo, a modo de ejemplo, podemos citar el ruego que San Vicente hace a los Misioneros en la repetición de oración del 13 de junio de 1655: «*Encomiendo a las oraciones de la Compañía el reino de Polonia, que está muy alborotado por culpa de un gran número de enemigos que lo están atacando. Es de la gloria de Dios que recemos por él..*» (XI, 111; cf.XI,291). A su vez, la actividad apostólica busca la instauración de ese reino en el mundo, pero a San Vicente no se le escapa que en este intento el más beneficiado es el propio Misionero o la Hija de la Caridad (cf.IX,240; XI, 253,393 ...),

En segundo lugar, las dos expresiones nos sugieren la necesaria complementariedad mutua entre la acción y la oración, basado en que no existen dos experiencias de Dios, la que acontece en la oración y la que se produce en la acción, sino una sola en dos tiempos que sólo para el hombre aparecen distintos, pero no para Dios. El decreto *Perfectae Caritatis* anima a los miembros de todos los Institutos a integrar juntando la contemplación y el amor apostólico (cf. PC 5). La complementariedad está en que la oración vicenciana auténtica lleva a la acción apostólica. Para San Vicente, el encuentro con Dios siempre se convierte en compromiso con el pobre al que se le hace objeto del amor de Dios, humanizado, concretado en acciones. Y a su vez, la acción apostólica conduce y termina en la oración por que, al hilo de su acción, ahí es donde el vicenciano recuerda y cultiva el sentido profundo de su actividad. En la oración el Misionero y la Hija de la Caridad renuevan continuamente su fe y su compromiso con el pobre, a la vez que crece en sensibilidad para captar la presencia del Espíritu en el mundo y en los hombres.

San Vicente presenta esta complementariedad maravillosamente bien: *«Todo nos viene por la oración: la perseverancia en la vocación, los éxitos de nuestras tareas, no caer en el pecado, permanecer en la Caridad, la salvación ... »*, asegura a los Misioneros (XI,285). Y a renglón seguido insiste a las Hijas de la Caridad que el servicio a los pobres debe terminal- en la oración. Allí es donde las necesidades de todos ellos quedan también confiadas al Señor (cf. LX, 1 17; XI, 1 1 1.291). En la espiritualidad vicenciana difícilmente cabe una oración desencarnada del mundo y de la pobreza. Como apuntan las Constituciones de la C.M., hay que saber hacer *«de los acontecimientos una particular experiencia de oración»* (nº 44). En esta misma línea se expresa San Vicente: *«No hay nada tan conforme con el Evangelio como reunir, por un lado, luz y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en el retiro. Y, por otro lado, ir luego a hacer partícipes a los hombres de este alimento espiritual. Eso es hacer lo que hizo nuestro Señor y, después de él, sus apóstoles; es juntar el oficio de Marta con el de María; es imitar a la paloma, que digiere a medias la comida que toma, y luego pone lo demás en el pico de sus pequeños para alimentarlos»*

(XI,734).

Por último, ser contemplativo en la acción entronca de lleno con el núcleo de la espiritualidad vicenciana. Vicente llega a aproximar tanto los dos extremos que incluye la contemplación en la actividad ordinaria del servicio*. *«Diez veces al día irá muí Hermana a ver a los*

enfermos, y diez veces al día encontrará en ellos a Dios» (IX,240; cf.IX,916.1193-1194.25; XI.726 ...). De donde concluyen las actuales Constituciones de las Hijas de la Caridad: «Las Hijas de la Caridad contemplan a Cristo a quien encuentran en el corazón y en la vida de los pobres. En una mirada de fe ven a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo» (n^a 1.17). Mientras los acontecimientos, la vida, los pobres... no se conviertan en materia de contemplación, es decir, mientras no se aprenda a ver a Dios en todo ello, a oír su voz y sentir internamente su pasión por aquellos que son víctimas de la injusticia del mundo, no se podrá estar seguro de si Dios es una realidad o una simple idea.